

MEGAN
MAXWELL

*El día que
el cielo se caiga*



*El día que el cielo
se caiga*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Svetlana Sewell - Arcangel y Shutterstock

© Fotografía de la autora: Carlos Santana

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15587-4

Depósito legal: B. 8.290-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Los días, las semanas, los meses y los años pasaron para Alba y Nacho.

Mismo colegio, mismos estudios y una complicidad entre ellos difícil de igualar, aunque el estudiante brillante y de notas increíbles siempre fue él, y no ella, a la que le costaba más aprobar.

Juntos hicieron la Comunión y lo celebraron también juntos; él, vestido de almirante, y ella, de princesita, mientras Luis y Lena, junto al resto de la familia, disfrutaban de aquel bonito día.

De la inocente niñez pasaron a la complicada pubertad, una pubertad repleta de secretos y confidencias que sólo ellos se contaban entre risas y cuchicheos.

Alba se enamoraba locamente de chicos mayores que ni siquiera la miraban. Incluso se enamoró de Luis, pero éste siempre la respetó, pues aquella muchachita era como su hermana.

Nacho, por su parte, aun teniendo la misma edad que ella, conquistaba a las chicas con tan sólo sonreírles. Tanto él como su hermano Luis, al que adoraba y era su héroe, tenían a todas las adolescentes a sus pies. Su facilidad para enamorar era increíble, y Alba los observaba divertida, convencida de que eran un par de donjuanes.

Con dieciséis años, los jueves acudían con los amigos a la discoteca del barrio, en la que las chicas entraban gratis. Allí, Alba disfrutaba bailando, mientras Nacho y Luis, los perfectos ligones, terminaban besándose con alguna chica en los sofás del local.

Religiosamente, los dos buenos amigos acudían al quiosco de don Tomás todas las semanas para comprarse la revista *Súper Pop*, especializada en la música y los ídolos del momento. Después, regresaban a casa de Alba, donde se metían en su habitación y disfrutaban de las fotos y los artículos de sus cantantes y actores favoritos.

Con el tiempo, Luis se presentó a las pruebas para ingresar en el cuerpo de bomberos y, gracias a un contacto de José, el padre de Alba, fue admitido. Aquello fue motivo de felicidad para todos, y en especial para la yaya Remedios, a quien una ayudita para mantener la casa no le venía mal.

Nacho continuó con sus estudios. Los idiomas eran lo suyo, y aunque trabajaba por las tardes en una agencia de viajes, no faltaba ni una sola mañana a clase. Para él era importante acabar su formación. Esperaba mucho de la vida, y algo le decía que se lo tendría que trabajar, porque la vida nunca te regalaba nada.

Alba, por el contrario, tras hablarlo con sus padres, decidió dejar de estudiar y buscar trabajo. Teresa y José intentaron disuadirla, debía seguir estudiando, la formación era esencial, pero ella se negó. Los estudios no eran lo suyo, y hasta encontrar algo mejor, decidió ayudar a su padre en la frutería. Era lo menos que podía hacer para echar una mano a la familia.

En 1981, cuando Alba cumplió dieciocho años, todos sus amigos le organizaron una gran fiesta, la llenaron de regalos y fue un día muy especial para ella.

El 4 de julio, cuando los cumplió Nacho, todos, incluido Luis, fueron a celebrarlo a la discoteca Joy Eslava, en la calle Arenal.

Al entrar en el local, Luis, que iba junto a su hermano, vio a una chica con la que ya había quedado en otras ocasiones.

—Pasadlo bien —le dijo a Nacho mientras le guiñaba un ojo a ella—. Yo he quedado con Juliana.

Alba y él se miraron y sonrieron. Por primera vez, Luis estaba

atontado por una chica. Y, aunque no era la más simpática del mundo, simplemente por el hecho de que a Luis le gustara, ellos la aceptaban.

Más tarde, cuando hablaban con sus amigos, comenzó a sonar la canción *Déjame*,* del grupo Los Secretos. Todos empezaron a bailar al tiempo que cantaban a voz en grito aquella canción que tanto les gustaba.

Durante horas, bailaron en la pista al ritmo de Adam & the Ants, Spandau Ballet, Kurtis Blow o la Electric Light Orchestra, hasta que, agotados, Alba y Nacho fueron a la barra a pedir un par de san franciscos. Estaban sedientos.

Mientras esperaban a que les sirvieran, Alba se fijó en cómo varias chicas miraban a su amigo. Eso la hizo sonreír y, acercándose a él, cuchicheó:

—Como siempre, no pasas inadvertido.

—Tú tampoco, monito —se mofó él—. Lo que pasa es que no les das opción.

Nuevamente, Alba sonrió.

—Cuando me guste uno, te aseguro que verás la opción.

Ambos rieron, y en ese instante vieron a Luis al fondo, besándose con la chica con la que había quedado.

—No sé qué le ve Luis a esa niña de papá —murmuró Alba acercándose de nuevo a su amigo—. Mira que es sosa.

—Y antipática —afirmó Nacho.

En ese momento comenzó a sonar por los altavoces *Celebration*,** de Kool & The Gang, y cuando Alba la oyó, empezó a saltar. ¡Le encantaba esa canción!

* *Déjame*, DRO/EastWest Spain, interpretada por Los Secretos. (N. de la E.)

** *Celebration*, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Kool & The Gang. (N. de la E.)

Nacho, animado, la sacó a la pista a bailar.

El resto de sus amigos, también animados, los siguieron. Estar con ellos siempre era divertido.

Una hora más tarde, cuando todos estaban charlando, Alba fue al baño. Para variar, había bastante cola. Suspiró. ¡Menudo rollo!

Mientras esperaba, miró a su alrededor y se percató de que un chico alto, espigado y que, por lo corto que llevaba el pelo, debía de estar haciendo la mili, no le quitaba ojo. Se miraron. Sonrieron. Pero ninguno se movió de su sitio.

Tras salir del baño diez minutos después, Alba regresaba junto a sus amigos cuando chocó con alguien. Al mirar hacia arriba se dio cuenta de que era el chico que minutos antes la había observado.

—Perdón —se disculpó él.

Ella negó con la cabeza al tiempo que le dedicaba una bonita sonrisa.

—No pasa nada, tranquilo.

El joven sonrió y, señalando al fondo, preguntó:

—¿Qué os dan a las chicas en el baño para que siempre haya cola para entrar?

Su comentario hizo sonreír a Alba. Sin duda, era uno de los grandes misterios de la humanidad y, divertida, respondió:

—Es algo ¡secreto! Y, si te lo digo, ¡lo sabrás!

Ambos sonrieron y, a continuación, él se presentó:

—Me llamo Víctor, ¿y tú?

—Alba.

—Precioso nombre.

—Gracias.

Nerviosa por el modo en que el atractivo desconocido la miraba, ella se disponía a seguir caminando cuando él añadió:

—¿Me permites que te invite a tomar algo?

Alba miró hacia el lugar donde estaban sus amigos y, al ver a Nacho, que la observaba con una sonrisa pícaro, aceptó.

—De acuerdo.

Sin rozarse, caminaron juntos hasta la barra. Una vez allí, ella se pidió una Coca-Cola y él una cerveza y comenzaron a hablar. El muchacho era de Salamanca y estaba haciendo la mili en Toledo. Había ido a Madrid a divertirse con varios de sus compañeros, reclutas como él, hasta el día siguiente, cuando tenían que regresar al cuartel.

Alba observó cómo algunos de ellos revoloteaban por la pista en busca de alguna chica que les hiciera caso. Unos tenían éxito y otros no, y Víctor, divertido al verlos, cuchicheó:

—Las discotecas no son lo mío, pero se empeñaron en venir y no pude negarme.

Hablar con él era fácil, especialmente porque, además de ser un chico muy atractivo con unos preciosos ojos marrones, era también educado. En ningún momento intentó propasarse con ella, cosa que no podía decirse de otros que lo acompañaban.

Cuando la música cambió y bajaron la intensidad de las luces, Alba se movió nerviosa. La mirada de aquel muchacho la intimidaba pero, al mismo tiempo, le gustaba.

—¿Bailamos? —le preguntó él entonces.

Sin poder negarse, más que nada porque no le apetecía hacerlo, aceptó la mano que él le tendía y ambos salieron a la pista. Allí, Víctor la agarró por la cintura, la acercó a él y comenzó a moverse al compás de la íntima canción *Endless Love*,* de Lionel Richie y Diana Ross.

* *Endless Love*, Motown Records, interpretada por Lionel Richie y Diana Ross. (N. de la E.)

Nerviosa, Alba se dejó llevar por la melodía, el momento y la compañía y, tras varios segundos en silencio, cuando miró a los ojos del muchacho, éste le dijo:

—Tranquila. No tiene por qué pasar nada que no quieras.

Oír eso le gustó y la calmó. Ella no era chica de enrollarse con cualquiera como hacía Nacho, al que le daba igual que fuera rubia o morena. Que ella besara a un chico era algo excepcional, algo muy meditado, pero en esta ocasión, y sin saber por qué, acercó los labios a los de él y, sin pensárselo dos veces, lo besó.

Sorprendido, él aceptó el beso. Le apetecía tanto como a ella y, ocultos por la oscuridad del momento, se besaron mientras bailaban sin perder el compás.

Disfrutando de lo que ella misma había comenzado, Alba sentía cómo su corazón latía con fuerza. Era la primera vez que se lanzaba a hacer una locura así. Por norma, siempre eran ellos quienes empezaban y, cuando el beso acabó y ambos se miraron, roja como un tomate, oyó que él decía:

—Besas muy bien, ojazos.

Alba sonrió.

Aquel chico. Aquel momento. Su tono de voz. Su mirada. Todo ello unido era perfecto. Un instante realmente perfecto y, con el vello de punta, murmuró:

—Seguro que no me vas a creer, pero...

No pudo decir más. Él acercó su boca a la de ella y la besó de nuevo. Alba lo aceptó excitada. Le gustaba cómo besaba. Le agradaba ser besada por él, y se dejó llevar. ¿Por qué no?

Tras aquella canción comenzó a sonar *Woman*,* de John Lennon. En silencio continuaron bailando, mientras, sin necesidad de decir nada, sus bocas volvían una y otra vez a encontrarse.

* *Woman*, Capitol Records Inc., interpretada por John Lennon. (N. de la E.)

Cuando el tema acabó y empezaron a sonar los Bee Gees, Nacho, que había observado la escena y estaba tan sorprendido como la propia Alba, se acercó a ellos y, tras darle con el dedo a Víctor unos toques en el hombro, le soltó:

—¿Puedo bailar con mi hermana?

Sin ganas de separarse de ella, pero consciente de que no podía negarse, Víctor asintió. La dejó en los brazos de aquél y se alejó. Nacho abrazó entonces a Alba reprimiendo una sonrisa.

—Bueno..., bueno..., bueno... —cuchicheó—. ¿Lo pasa bien mi chica?

—Muy bien —afirmó ella con complicidad.

Nacho, que la conocía mejor que nadie, la miró y, mofándose, dijo:

—Pero bueno, monito, ¿desde cuándo eres tan libertina? Besos con lengua, ¡qué escándalo!

Alba volvió a reír. Lo que había hecho era inusual, ella no se besaba con cualquiera. Observó cómo Víctor se acercaba a sus amigos reclutas y respondió:

—No sé qué me ha pasado. Siento que es especial.

—Y tan especial —afirmó divertido Nacho—. Sólo hay que ver tu cara de tonta.

Luego, ambos continuaron riéndose mientras comentaban lo ocurrido.

Alba no podía apartar los ojos de aquel chico. Algo lo hacía diferente, y se acaloró cuando se dio cuenta de cómo él la observaba apoyado en la barra.

Una vez terminada la canción, Nacho y ella se separaron y, dejándose llevar, ella volvió a acercarse a Víctor.

—¿Te apetecería salir conmigo a tomar un café o un chocolate con churros a San Ginés? —le preguntó con una sonrisa. Víctor la miró y ella insistió—: A mí no me gusta el chocolate, pero te aseguro que...

—¿No te gusta el chocolate?

—No. Ni un poquito —replicó, y de un tirón, para que no la interrumpiera, prosiguió—: Como te decía, la gente que prueba los churros con chocolate en San Ginés se va encantada. Es una chocolatería que está, según sales, a la izquierda en el callejón. No tiene pérdida. Te lo digo por si quieres avisar a tus amigos.

Víctor asintió. Nada le apetecía más que seguir conociendo a aquella preciosa rubia de ojos azules. Habló con uno de sus amigos y a continuación afirmó:

—Solucionado. Vayamos a probar ese chocolate con churros.

Una vez en la chocolatería, se sentaron a una mesita junto a una ventana, y pidieron un café para ella y, para él, un chocolate.

—Estaban buenísimos —dijo Víctor cuando se terminaron los churros.

Ella asintió.

—¿Te ha regañado tu hermano? —preguntó él entonces.

Al pensar en ello, Alba sonrió.

—No. Nacho simplemente se ha sorprendido. No suelo ir besando a los chicos, y menos el día que los conozco.

A Víctor le gustó oír eso y, envalentonándose, le cogió la mano y preguntó:

—¿Me darías tu número de teléfono?

Alba lo pensó. ¿Debía hacerlo? Pero al final respondió:

—No.

—¿Por qué?

—Porque no doy mi teléfono a los extraños, aunque a ese extraño lo haya besado.

El joven sonrió y, posando los labios sobre los de ella, murmuró mimoso:

—Haces bien. No debes fiarte de cualquiera.

Estaban besándose cuando oyeron jaleo. Al mirar hacia el callejón, Víctor vio que se trataba de Ricardo, uno de sus compañeros. Sin duda había bebido de más y los porteros de la discoteca lo estaban echando.

Rápidamente, Alba y él se levantaron, salieron de la chocolatería y se acercaron hasta el lugar donde estaban los otros chicos. El tal Ricardo llevaba un pedal considerable.

—Una de dos —dijo uno de los porteros de malos modos—, u os vais ahora mismo o llamo a la policía.

Todos se miraron. Si llamaban a la policía y terminaban en el calabozo siendo reclutas, se meterían en un grave problema, por lo que no lo dudaron. Tenían que marcharse.

Víctor maldijo mientras observaba cómo sus compañeros caminaban hacia la Puerta del Sol, puesto que aquello significaba tener que dejar a la encantadora chica que acababa de conocer.

—He de marcharme con ellos —dijo apurado.

—Lo entiendo —murmuró Alba con decepción.

Ambos se miraron. Estaba claro que no querían separarse, y Víctor insistió:

—¿Qué te parece si volvemos a vernos en la chocolatería el sábado que viene sobre las cuatro? Tomamos algo y, si luego quieres, entramos en la discoteca o damos un paseo.

Alba no lo dudó ni un instante.

—De acuerdo —se apresuró a responder.

Con una preciosa sonrisa, Víctor se acercó a ella y le dio un beso que le arrebató el aliento. A continuación, la soltó y, tras perderse en aquellos ojos azules tan llenos de cariño y bondad, le guiñó un ojo y le gritó mientras corría ya hacia sus compañeros:

—¡Hasta el sábado, ojazos!

Alba sonrió también y le dijo adiós con la mano. Luego, triste

y feliz a un tiempo, entró en la discoteca, donde, tras contarle a Nacho lo ocurrido, volvió a divertirse junto con sus amigos.

El sábado siguiente, Alba esperó en la chocolatería a Víctor durante más de dos horas, pero él no apareció. Molesta por el plantón, finalmente regresó a su casa, sin saber que el muchacho maldecía desesperado desde el cuartel de Toledo por no poder avisarla de que le habían retirado el pase para salir.

Al día siguiente, cuando Alba vio a Nacho y éste le preguntó, ella continuaba enfadada. Sin embargo, no quería seguir dándole más vueltas, así que decidió olvidarse de él. De nada servía pensar en alguien que no se había presentado.

Una tarde, dos semanas después, tan pronto como Nacho regresó de la academia de inglés, entró en su casa y encontró a Alba con su abuela y con Lena, que estaba cabizbaja.

—¿Qué ha ocurrido?

La yaya Remedios miró a su nieto, se puso las manos en la cintura y exclamó:

—Aquí, la sinvergüenza de tu hermana. La he pillado fumándose un pitillito con su amiga Irene.

Lena, que hacía mucho tiempo que había dejado de ser una niña que jugaba con muñecas, suspiró y protestó:

—Yaya, *tronca*, no vuelvas a montar el *jari*, que no hace falta.

—¡Lena! —la regañó Nacho.

Su hermana era un caso, su adolescencia no estaba siendo tranquilita precisamente.

La abuela se acercó a ella, le dio una colleja y aclaró:

—Soy tu yaya, no tu *tronca*. A ver si muestras más respeto, sinvergüenza. Y, en cuanto a los *jaris*, ¡montaré los que me dé la gana! ¿Entendido, señorita?

—¡*Dabuti*, yaya! —murmuró la chica.

Alba y Nacho se miraron. Lena se pasaba un montón. Ésta se levantó sin prestar atención a sus miradas, y mientras caminaba hacia la puerta dijo:

—¡Me piro a la habitación!

Una vez salió del salón, la abuela meneó la cabeza y, dirigiéndose a Nacho, indicó:

—A ésta o la ato corto, o se nos desmadra.

Él asintió. Sin duda su abuela tenía razón.

Cuando Remedios salió también del salón, Alba, que lo miraba, dijo:

—¿A que no sabes qué ha ocurrido?

Nacho dejó la mochila que llevaba sobre una silla.

—No me digas que has visto al soldado guaperas ese que te tiene tan enfadada.

Alba suspiró. Todavía le dolía el plantón, pero negó con la cabeza y musitó saltando:

—¡He encontrado trabajo!

—¡No!

—¡Sí!

Feliz por ella, Nacho sonrió y preguntó:

—¿Dónde?

—Nada más y nada menos que en El Corte Inglés.

Él sonrió encantado. Sabía lo importante que era para ella trabajar y echar una mano a sus padres en casa.

—Enhorabuena, monito —afirmó—. Me alegro mucho por ti.

Como era de esperar, Alba se adaptó rápidamente a su nuevo trabajo en la sección de señoras. Tenía un gran don de gentes y un gusto excepcional para la ropa.

El noviazgo de Luis y Juliana continuó, a pesar de las trabas que la familia de la joven ponía en su camino, y a pesar también de las pocas ganas que ella tenía de confraternizar con la familia del que ya era su novio.

Aquella niña de papá, que vivía en El Viso, se había encaprichado del bombero y quería estar con él a toda costa, sin importarle nada más.

Los tiempos en España estaban cambiando, y todo el mundo comenzó a hablar, a disfrutar y a vivir la movida madrileña. Nacho y Alba estaban metidos en el movimiento hasta el fondo, y disfrutaban junto a sus amigos siempre que podían. Él incluso formó un grupo musical junto con tres amigos y se llamaron Los Incómodos. Nacho cantaba muy bien.

Asistían a conciertos de Kaka de Luxe, Alaska y los Pegamoides, Los Secretos, Nacha Pop, Mamá, Mermelada y Rubi y los Casinos, y lo disfrutaban tanto como cuando Los Incómodos eran contratados en alguna pequeña sala y Nacho enamoraba a las niñas con su carisma y su voz.

El grupo, sin embargo, sólo duró unos meses. Lo que había comenzado siendo algo divertido acabó agobiándolos con el paso del tiempo. Especialmente porque la chica de uno de los componentes se enfadaba con su novio cada vez que tenían actuación. Odiaba que las demás lo piropearan y, al final, el grupo se disolvió.

Pero, aunque Los Incómodos no continuaron, lo que los chicos nunca dejaron de hacer fue salir de marcha con sus amigos. Pasarlo bien por la calle Malasaña y tomarse unas copas en el Pentagrama o en La Vía Láctea les daba la vida. Porque vivir en Madrid y disfrutar de la movida madrileña significaba fiesta continua.

Una de las tardes en las que tanto Nacho como Alba libraban

de sus trabajos, se dirigieron al parque de bomberos para buscar a Luis. Era el cumpleaños de la yaya Remedios y querían comprarle entre todos un bonito regalo.

No obstante, al llegar, se encontraron con Juliana. Como siempre, ésta los miró sin mucha emoción y preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Hemos quedado con Luis —afirmó Nacho.

—Lo dudo. Con Luis he quedado yo —sentenció ella.

En ese instante se abrió una puerta y salió Luis junto a un compañero del parque. Rápidamente besó a Juliana, que sonrió, y luego, volviéndose hacia su compañero, mientras ponía orgulloso la mano sobre el hombro de Nacho, dijo:

—Éste es mi hermano Nacho. Nacho, él es Sergio.

—Encantado —saludó el bombero estrechándole la mano. Luego miró a Alba y preguntó—: Y esta preciosa chica ¿quién es?

—Alba... —Luis sonrió al ver que la chica estaba roja como un tomate.

—La vecinita —matizó Juliana.

Su comentario hizo que Nacho mirara a su futura cuñada. ¿A qué venía aquello? Pero, al ver lo colorada que estaba Alba, ante el tal Sergio, la agarró del brazo y puntualizó:

—Alba es como nuestra hermana, ¿verdad, Luis?

El aludido asintió justo en el momento en el que salía por la puerta otro compañero.

—Claro que sí.

Diez minutos después, tras despedirse de los bomberos, Luis, Juliana, Nacho y Alba se dirigieron hacia El Corte Inglés de Preciados. Alba trabajaba allí, así que el regalo que iban a comprar les saldría más barato que en otro sitio.

Estuvieron mirando durante más de una hora y al final se decidieron por un precioso broche en forma de tulipán que Alba

eligió para la solapa del abrigo. A la tía le encantaría. Sin embargo, todo lo que a ellos les gustaba le parecía horrible a Juliana. ¿Cómo iban a regalarle aquello?, decía.

En varias ocasiones, Nacho miró a su hermano en busca de ayuda. No quería quedar como un antipático ante las cosas que su novia comentaba, pero al final, cuando aquella idiota tuvo la desfachatez de soltarle a Alba que entendía que su gusto fuera pésimo por ser hija de un frutero, saltó:

—Juliana, mi hermana sabe lo que le gusta a la tía...

—No es tu hermana. Es tu vecina.

Oír eso por segunda vez lo enfadó más aún. Pero ¿quién se creía que era? Buscó la mirada de su hermano, y Luis, acercándose a su novia, sentenció:

—Cielo. Ya te he dicho que mi familia es especial. Diferente.

Al ver su gesto serio, Juliana sonrió y, como una gatita atontada, cuchicheó acercando los labios a los de él:

—De acuerdo, tesoro, perdóname.

Luis sonrió enamorado. Aceptó sus tentadores labios y los besó, mientras Nacho y Alba se miraban y se entendían sin necesidad de hablar. Juliana no era tonta, sino que, directamente, era gilipollas.

Cuando salieron del centro comercial, se marcharon al Pentagrama a tomar algo. Sus amigos los estaban esperando allí.